



LA REVOLUCIÓN MILITAR: LA VIDA DEL SOLDADO EN EL EJÉRCITO DE LOS AUSTRIAS

Trabajo de Fin de Grado. Universidad de Santiago de Compostela

Grado en Historia

Departamento de Historia Moderna, Dir.^a Saavedra Vázquez, M^a del Carmen

Mateo Rodríguez Rodríguez
Curso 2020-2021

Índice

INTRODUCCIÓN	1
1.- LA EVOLUCIÓN DEL EJÉRCITO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA	3
1.1.- EL NUEVO EJÉRCITO: EL SISTEMA DEL TERCIO	5
1.2.-EL EJÉRCITO DE LOS AUSTRIAS EN EL SIGLO XVII	7
2.-EL SOLDADO MODERNO.	8
2.1.- APARIENCIA DEL SOLDADO MODERNO: ¿CÓMO ERA?.....	10
2.2.-PROCEDENCIA DE LOS SOLDADOS: ¿QUIÉNES ERAN?.....	13
3.-LA VIDA EN EL EJÉRCITO.....	15
3.1.-CÓMO VIVE EL SOLDADO: ALOJAMIENTO Y PAGA.	16
3.2.-EL EJÉRCITO COMO CIUDAD AMBULANTE: MUJERES Y NIÑOS EN EL CAMPAMENTO.	19
3.3.-LA FORMACIÓN Y LA DISCIPLINA.....	20
3.4.-ENFERMEDAD, HERIDAS Y MUERTE.....	22
3.5.-LA DESERCIÓN.....	27
3.6.-SOBREVIVIR A LA GUERRA: EL LICENCIAMIENTO.	29
CONCLUSIONES	30
BIBLIOGRAFÍA.....	32

Abstract.

Si por algo destaca la Edad Moderna hispánica es por la ingente cantidad de conflictos bélicos en los que estuvo involucrada la corona. Los peones de estos conflictos, los soldados tenían que afrontar los cambios militares que trajo consigo la revolución militar; las batallas comenzaron a tener índices de mortalidad más altos, la desertión aumentaba y por tanto el número de efectivos también. La vida del soldado siempre ha estado plagada de dificultades, incluso fuera de la batalla; enfermedades, pobreza o marginación eran una constante en sus vidas. En este trabajo se plantea no solo la vida en activo del ejército, y no se trata apenas la batalla, que constituía una parte minúscula de la vida del soldado. Lo que sí que se aborda en profundidad son los diversos vaivenes que afrontaban, desde lo cotidiano dentro del campamento hasta la movilización, el alistamiento, el aspecto de los soldados, las armas, de donde procedían, el alojamiento, la comida y la paga, los seguidores de los soldados en el campamento, su retiro del ejército, la formación y la enfermedad, la muerte del soldado o el soldado en tiempos de paz.

Palabras clave: Revolución Militar Moderna, guerra, ejército, soldado y sociedad.

Se por algo destaca a Idade Moderna hispánica é pola inxente cantidade de conflitos bélicos nos que estivo involucrada a Coroa. Os peóns destes conflitos, os soldados, tiñan que afrontar os cambios militares que trouxo consigo a Revolución Militar: as batallas comezaron a ter índices de mortalidade máis altos, a desertión aumentaba e, polo tanto, diminuíu o número de efectivos. A vida do soldado sempre estivo plagada de dificultades, incluso fóra da batalla: enfermidades, pobreza, marxinação... eran constantes nas súas vidas. Neste traballo plantéxase non só a vida en activo do exército, e non se trata en profundidade a batalla, que constituía unha parte minúscula da vida do soldado. O que si se aborda en profundidade son os diversos problemas que afrontaban, dende o cotidiano dentro do campamento ata a mobilización, o alistamento, o aspecto, as armas, de onde procedían, o aloxamento, a comida, a paga, os seguidores e seguidoras dos soldados nos campamentos, o seu retiro, a formación e a enfermidade e morte do soldado, así como este en tempos de paz.

Palabras clave: Revolución militar Moderna, guerra, exercito, soldado e sociedade.

If there is something to highlight during the Modern Ages in Spain, it is the huge number of belic conflicts in which the Crown was involved. The pawns in these conflicts, the soldiers, had to confront military changes introduced by the Military Revolution: battles

started to have higher death rates, desertion increased and, consequently, the number of military forces decreased. The soldier's life has always been full of difficulties, even when they were not at battle: disease, poverty and marginalization were constant in their lives. In this article, it is not only contemplated the active life of the soldier -it is merely mentioned, as it covered just a minor part of the soldier's life-. What is really addressed is the number of fluctuations the soldiers had to confront: from the most quotidian ones at the camp to the mobilisation, the enlistment, the soldiers' aspect, their weapons, where they came from, their accommodation, the food and wage, their followers at the camp, their retirement from the army, their training and diseases, the soldier's death, and their lives during peace.

Key words: Modern Military Revolution, war, army, soldiers and society

Introducción

“Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es más rico el soldado. Y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la miseria de su paga, que viene o tarde o nunca, o a lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia. Y a veces suele ser su desnudez tanta, que en un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa con solo el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe salir frío contra toda naturaleza”¹.

Como D. Miguel de Cervantes Saavedra indica, la profesión del soldado nunca fue sencilla ni agraciada, y es que el soldado es el peón de los conflictos bélicos a lo largo de la historia: como el campesino es el peón de la economía rural en la Edad Moderna, el soldado lo es en la guerra. Ya en la puerta de entrada de la Edad Moderna en la península con la conquista de Granada y en el fin con la Guerra de Independencia el soldado está presente. Son escasos los años de paz en este periodo de tres siglos; por tanto, se puede decir que algo que caracterizó la vida de los españoles fue la guerra. Esta caracterización puede parecer exagerada, pero las tropas tenían que ser pagadas, la presión fiscal aumentaría en un contexto de crisis. La sangría económica que supuso la guerra en la Edad Moderna alteró la vida tanto de los soldados como de los civiles.

El objetivo de este trabajo no es el análisis y relación entre el soldado y la guerra moderna, es el estudio de la vida del soldado en tiempos de la Revolución Militar, con los posibles cambios que pudo suscitar en la vida del mismo. Para ello es necesario partir de la idea del soldado en la crisis bajomedieval e ir avanzando el estudio tanto desde las instituciones que organizan y modernizan el ejército desde los Austrias, y que culmina Felipe V después de la Guerra de Sucesión.

La importancia del campo de estudio de la historia miliar moderna ha aumentado progresivamente desde los años 50 del siglo XX con la introducción del término “La Revolución Militar”. Por tanto, podemos decir que el debate historiográfico no pivota tanto en torno a la vida del soldado, que es un tema relegado en comparación a los estudios sobre la Revolución Militar y su relación con los aparatos estatales, el monopolio sobre

¹ CERVANTES SAAVEDRA, M. D: “Capítulo XXVIII Que trata del discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras”. En: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Plaza & Janes editores. Barcelona, España, 1985, p. 557.

la violencia y el control del estado sobre el ejército. Como indica M. Roberts, los cambios en la táctica y la organización militar podía ser vinculada a procesos más amplios de transformación política y social; este se transformaría desde los años 50 del siglo pasado en el eje del debate sobre la guerra y la sociedad en la Edad Moderna². La historiografía militar, en temas de estudios sociales o de la “cultura de guerra” en la época de los Austrias, ha estado poco visible hasta hace una década. Durante los años 90 e inicios de los 2000, el profesor Ribot García insistía en el desconocimiento del ejército de los Austrias del Siglo XVII (sobre todo de la segunda mitad), en relación con el ejército de los Austrias en el siglo XVI, con más publicaciones de Quatrefages, Thompson o Parker; o inclusive el ejército del XVIII borbónico con trabajos de F. Andujar, C. Borreguero, E. Martínez Ruiz, etc³. Es a partir de la década de 2010 cuando proliferarían nuevos estudios sociales sobre la vida del soldado en la época de los Austrias, con trabajos de académicos como Rodríguez Hernández, José Contreras, Saavedra Vázquez, Borreguero Beltrán, Lorraine White entre otros. Por ello los estudios sobre la sociedad en el ámbito castrense se han ampliado en la última década, siendo la base documental del trabajo estos diferentes análisis de académicos sobre los diferentes aspectos de la vida del soldado en época de los Austrias.

En cuanto a las fuentes de documentación de los trabajos sobre la sociedad castrense en esta época, las fuentes son escasas ya que las hojas de servicio no llegarían hasta el siglo XVIII, en este momento histórico solo existen referencias de la infantería en ordenanzas, reglamentos, tratados militares y autobiografías de soldados⁴. Otro tipo de fuentes de información técnica se encuentran en diferentes manuscritos que aumentaron en cantidad durante los siglos XVI y XVII, algunos con ilustraciones. Se habla en ellos de maniobras de entrenamiento, de cómo se construían los campamentos, de cómo se empleaba las armas: eran auténticos “manuales” ligados a la imprenta y sus avances. Pero un escrito contemporáneo muy valioso son las fuentes artísticas: la guerra es uno de los temas favoritos de numerosos pintores y grabadores, y gran parte de los cuadros de la época reflejan las privaciones y la brutalidad que envolvían la vida de los soldados, como

² GARCÍA HURTADO, M. Reyes: “Literatura y milicia en la Edad Moderna”. En: *Cátedra Jorge Juan ciclo de conferencias*: Ferrol: curso 2003-2004 (coord. José M. de Juan-García Aguado). Universidade de A Coruña, 2007, pp. 95-112.

³ CONTRERAS GAY, José: “El servicio militar en España durante el siglo XVII”. *Chronica Nova*, 21, 1993-1994, pp. 99-122.

⁴ SAAVEDRA VÁZQUEZ, M^a del Carmen: “Mujeres y militares en Galicia durante la primera mitad del siglo XVII”. *SEMATA, Ciencias Sociais e Humanidades*, 2008, vol. 20, pp.219-241.

los cuadros de Pieter Snayers, pintor de Amberes que ilustra con gran realismo la Guerra de los 80 Años. No obstante, ni los cuadros ni las fortificaciones son suficientes para describir cómo era la vida de los soldados de este periodo, por lo que son necesarias otras fuentes.

Reconocidos autores como Cervantes, Garcilaso de la vega, Vicente Espinel, Félix Lope de Vega Carpio, Félix López de Guevara o Pedro Calderón de la Barca que sirvieron en el ejército escribieron vivos relatos sobre la vida de soldados, basándose, además, en experiencias personales. Disponemos de otro tipo de documentos más breves y numerosos como las cartas y diarios escritos por los soldados de servicio activo, y que describen ciertas situaciones de guerra⁵.

Muchos de estos relatos de primera mano hablan de los sufrimientos de los soldados. En los archivos y bibliotecas se encuentran estos documentos, aunque muchos son difíciles de descifrar por las bajísimas tasas de alfabetización y las altas tasas de abandono escolar del Régimen Antiguo. Lo que tenemos son, por tanto, cartas de soldados, informes de oficiales que pueden referirse a los mismos -cartas, informes de dinero gastado, actas de reuniones, libros de órdenes, hojas de paga y listas- y una vertiente reciente de estudio, sobre todo por los filólogos: autobiografías de soldados.

1.- La evolución del ejército en la Península Ibérica.

Finalizada la guerra de Granada, la política exterior de los Reyes Católicos llevaría al conflicto con Francia, haciendo necesarias reformas en el cuerpo militar. La evolución del ejército estuvo condicionada por su contexto (la victoria en la península frente a rebeliones, luchas en el Rosellón y el norte de Italia...). Para establecer una evolución del cuerpo, los trabajos de Quatrefages analizan la organización desde el marco jurídico de la defensa de España desde la toma de Granada al tercio o la Orden de Génova en 1536.

En la Edad Media, parte de la legislación y el marco jurídico del ejército se basó en las partidas de Alfonso X -en concreto, la segunda-. En estas se recogían leyes que regulaban gobernadores, fortalezas, jueces de las guarniciones o el ejército en tiempos de paz. La evolución jurídica del ejército continúa con la recopilación de Felipe II, con nuevas disposiciones legislativas. Durante la Reconquista, la necesidad de hombres para proteger las fronteras da lugar a una serie de cambios en el ejército y el marco espacial de

⁵ GARCÍA HURTADO, M. Reyes: Op.Cit., pp. 95-112

gobierno, ya que el enemigo ya no volverá a estar en la península, eximiendo las revueltas bajo los mandatos de los Habsburgo durante dos siglos.

La organización militar desde el final de la Reconquista sufre una evolución: se parte de un ejército medieval adaptado a la guerra de conquista, que desaparece. Como indica Quatrefages, había verdaderos pequeños ejércitos (mesnadas) conducidos por grandes señores o lugartenientes, que podían tener vasallos a los que les pagaban una pensión (acostamiento). El final del siglo XV estuvo marcado por el despliegue de ejércitos feudales, donde solo la alta nobleza disponía de los medios para reclutar y los titulares rivalizaban en ostentación. Sin embargo, existía un impulso de los monarcas para unificar la acción de los contingentes de la nobleza y encauzar las fuerzas dedicadas a luchas intestinas⁶.

Con el fin de la Reconquista, el enemigo principal ya no estaba en la península, y se abrieron nuevos campos de intervención para la corona. La supremacía se sustentaba en una organización militar adaptada a los objetivos del rey. A través de una serie de experiencias, se le atribuye a Gonzalo de Córdoba la definición de un nuevo arte de la guerra, que deriva de sus éxitos militares en Italia; pero en la praxis la creación de un nuevo ejército fue obra del gobierno de los RR.CC., en especial de altos cargos administrativos humanistas. A través de las ordenanzas de octubre de 1495 y 1496, se articula un nuevo ejército con revisión de multas, revistas, papel de corregidores, regulamiento de armas, etc. En este momento, se acuña la nomenclatura de tercio para referirse al ejército del Rosellón, dividido en tres: lanzas, espingarderos y ballesteros⁷.

El siglo XV tiene, según Quatrefages, un balance militar positivo para la corona española: el escenario militar pasaba a ser Europa, contra Francia y Bretaña. Por ello, el objetivo era obtener efectivos más eficaces a través de una administración militar plasmada en las ordenanzas de 1496, una reforma basada en crear una administración militar omnipresente que se expandiría a sectores de defensa como la marina, fortificación o armamento. Estas medidas tenían un carácter práctico, ya que el Consejo de Guerra todavía no existía, y sus funciones eran llevadas a cabo por el consejo de la Hermandad. Con su contribución se produjo un vacío jurídico, creándose los órganos de gobierno

⁶ QUATREFAGES, René: *La revolución militar moderna. el crisol español*. Ministerio de defensa, Madrid 1996, pp. 35-40.

⁷ *Ibidem*, pp. 110-111.

relacionados con la guerra -a raíz de los éxitos contra Francia en Nápoles y en el Rosellón- y, sobre todo, tras la segunda campaña napolitana, cuyo fin era tomar todo el reino⁸.

En paralelo a las guerras, se elabora una amplia Ordenanza en 1503 donde se regula el control administrativo, el papel de los agentes de la administración -veedores y contadores-, la justicia militar -se encomendaba al alcalde de los guardas-, el alojamiento y mantenimiento basado en espacios locales... Se establecía la moral de los hombres en campaña, y la del servicio era objeto de múltiples disposiciones, que seguían la moral católica. Sobre la licencia, se establecían ya las primeras diferenciaciones entre peones y escuderos, entendiendo por peones el cuerpo de infantería. También se regulaban las armas y la revista, pasándola seis veces al año, con el recuento de hombres y comprobación de su equipamiento; así como la paga, que se efectuaba personalmente, y se regulaba el pagador y la moneda⁹. Por último, se establecían espacios geográficos de tropas, defensa peninsular y en el Rosellón y demás temas relacionados con la administración. Tras esta ordenanza, la guerra se extendió por el norte de África, donde el ejército continuó hacia una nueva evolución táctica: los escuadrones y un proyecto en 1515 del cardenal Cisneros para la reforma militar que no logró aprobarse¹⁰.

1.1.- El nuevo ejército: el sistema del tercio

El sistema de tercio se encuadra en torno al año 1535 y el apogeo militar de Carlos V, que había logrado mantener en Italia un cuerpo de veteranos españoles, al principio en el reino de Nápoles y después al norte de la península. Tomando conciencia el emperador de la efectividad de las tropas, crea en la ordenanza de Génova de 1536 una legislación militar para organizarlas en Italia, el verdadero núcleo militar de sus tropas. Las bases del sistema descansaban en la infantería española del tercio de Nápoles. Esta se organizaría con infantería italiana, alemana y española, donde estos últimos gozaba de una serie de ventajas en el mando sobre el resto¹¹.

Con la orden de Génova de 1536, a la cabeza del ejército estaba el capitán general, dividiéndose la cadena de mando en un acompañamiento (30 gentilhombres, 50 alabarderos y 4 trompetas). Por otro lado, existían mantenidos, oficiales reformados,

⁸ Ibidem, p. 180.

⁹ Ibidem, pp. 181-195.

¹⁰ Ibidem, p. 258.

¹¹ QUATREFAGES, René: *Los tercios*. Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército. Madrid, 1983, p. 46.

gentilhombres, *continós* y, por último, el lugarteniente. Este oficial tenía en su mano la administración militar, basada en la contaduría del sueldo, una veeduría general, una pagaduría, el comisariado general, munición de alojamiento, correo y justicia. Por otro lado, el oficial también estaba encargado de los cuerpos militares: los tercios, los lansquenets, la infantería italiana, la caballería pesada y ligera, la artillería y el cuerpo de ingenieros, que se unía al anterior a través de los gastadores¹².

El siglo XVI comenzó con un balance positivo para el ejército, ligado al avance administrativo, estrechamente vinculado a la precocidad de la formación del estado moderno castellano, en el centro del tríptico militar, producto de la reforma: caballería, administración, infantería... A estas bases orgánicas se les añade la experiencia en campos europeos, pero la nueva organización -en un principio, unitaria- quedó obsoleta dada la excepcional seguridad del reino, hasta el punto de provocar una desmilitarización de la sociedad, crudamente puesta en relieve por las dificultades de sofocar la revuelta de los moriscos de 1569. En completa oposición, se encuentra la política exterior, especialmente dinámica, que produjo una consolidación de la tropas permanentes, transformadas, hasta la hipertrofia, en fuerzas de intervención. Esta evolución se llevó a cabo con la prueba que supusieron las expediciones italianas, pero también gracias a los numerosos conflictos del periodo. El centro de gravedad militar se había desplazado a Italia y Carlos V actuó en consecuencia, instalando allí, con toda lógica, las bases de sus tropas de intervención, los tercios, en 1536¹³.

La fuerza de los escuadrones estaba basada en las picas, al contrario de lo que sucedía con los arcabuces, que flanqueaban el cuerpo de picas. La fuerza y superioridad de este cuerpo de tercios residía en la capacidad de división en unidades compactas y eficientes. Otra superioridad técnica residía en el estacionamiento en el Milanesado -reino de Nápoles y Sicilia-, desde donde podían ser enviados hacia el norte o hacia el sur. En caso necesario, podían efectuarse sustituciones parciales, con reclutas movilizados en España para la ocasión. Esta noria de soldados, característica del sistema del tercio, permitiría al monarca disponer permanentemente de una infantería entrenada¹⁴.

¹² *Ibidem*, pp. 168-172.

¹³ QUATREFAGES, René: "La Revolución militar (...)", *Op. Cit.*, p. 334

¹⁴ *Ibidem*, p. 335.

1.2.-El ejército de los Austrias en el siglo XVII

Desde 1536 hasta el final del siglo XVI se produjo la Rebelión de Flandes, que cambió la estrategia y disposición del ejército hispánico, que comenzó con la insurrección de 1566, que no acabaría hasta el tratado de Münster de 1648. Al comienzo de la primera etapa de la guerra, Felipe II apenas contaba con 86.000 efectivos, un número muy inferior a los estimados 150.000 de su predecesor, Carlos V¹⁵. La transformación en los ejércitos en este momento fue común: un aumento sin precedentes de los efectivos, nuevos desarrollos defensivos, etc¹⁶. Estos cambios causaron una degeneración en asedios prolongados, cambiando la estructura del ejército enfocada a mayores números de infantería y artillería. La solución para el reclutamiento durante la segunda mitad del siglo fue el desarrollado sistema de movilización de los Habsburgo: la combinación de “seis naciones” -valones, italianos, castellanos, alemanes, borgoñones y británicos- reclutadas a través de capitanes o asentistas que generaron un rápido reclutamiento y abastecimiento de los ejércitos en Flandes sin mucho esfuerzo.¹⁷

En España se dio en el siglo XVII una coyuntura marcada por una serie de factores demográficos, económicos, sociales, políticos y militares que determinó el servicio militar y el reclutamiento. Esto se dio a través de métodos que supusieron el abaratamiento de las levadas para los ejércitos reales y la cesión a los municipios y la nobleza de casi toda la responsabilidad en materia de reclutamiento, perdiendo la corona parte de su capacidad de control sobre el reclutamiento y la movilización del ejército.

La política de defensa se planificaba en el siglo XVII a corto plazo para cada campaña en función de los conflictos abiertos, y también a medio y largo plazo -como hacían los validos- en función de las políticas de “restauración y reformatión” de la monarquía. Sin embargo, existía un problema: el poder regio se resintió tanto por la debilidad financiera que acabó dependiendo de municipios, cortes y nobles para la recluta y movilización de los soldados para el ejército real. Esta situación empeoró con la sangría económica y militar que supusieron las guerras contra Francia (1635-1659), Cataluña (1640-1652) y Portugal (1640-1668), que causaron la quiebra del sistema español,

¹⁵PARKER, Geoffrey: *El ejército de Flandes y el Camino Español 1567-1659*. Alianza Editorial. Madrid, 1985, p. 40.

¹⁶Elementos defensivos como la *trace italienne*, baluartes, etc. En: PARKER, Geoffrey: Op. Cit., p. 45.

¹⁷ PARKER, Geoffrey: Op. Cit., p.50.

haciendo que los servicios de las villas de la corona de Castilla fuesen tantos y tan continuados que, cada vez, el reclutamiento resultaba más problemático¹⁸.

Por otro lado, en España se produjo un cambio importante, pasando del sistema de reclutamiento de voluntarios al reclutamiento obligatorio. Este cambio tuvo tal alcance que se pasó del modelo de ejército profesional del siglo XVI -basado en los tercios de infantería- a un modelo de ejército de milicia, menos efectivo, ya que era menos profesional, más atrasado y basado en la combinación de tropas regulares y milicias. La crisis militar produjo la decadencia de la progresión, basada en el contrato libre -bilateral entre soldado y capitán-, frente al creciente servicio obligatorio¹⁹. El siglo XVII fue una época compleja desde diferentes puntos de vista: desde el militar, lo fue por las dificultades para el reclutamiento de levas, las formas de reclutamiento -del centralizado por comisión al asiento del reclutamiento intermediario-, y por el desconocimiento sobre la realidad militar de la política de la segunda mitad del siglo XVII²⁰.

El reclutamiento de voluntarios y profesionales fue el sistema más longevo hasta que las derrotas que llevaron a la Paz de los Pirineos o la pérdida de Portugal produjesen un repliegue en los tercios de infantería, que se habrían mostrado eficientes del siglo XVI a la primera mitad del XVII. Sin embargo, no todo el ejército en el siglo XVII estaba compuesto por un grueso de la población castellana: en tiempos de Carlos II, el ejército aumentaría el componente de los extranjeros, pasando los hispanos a componer el 45% del ejército, siendo el resto italianos, irlandeses, alemanes²¹...

2.-El soldado moderno.

En la Edad Moderna, el concepto de soldado era usado para identificar a la persona que combatía a sueldo del rey, estaba en posesión del fuero militar y a servicio permanente de la corona²². Frente a los milicianos o miembros de las guardias, cuya función era temporal, en este trabajo se centrará la atención en los tercios. Uno no podía considerarse soldado hasta recibir un sueldo por parte de los contadores militares y, por

¹⁸ CONTRERAS GAY, José: Op. Cit., pp. 99-122.

¹⁹ Ibidem, p. 100.

²⁰ Ibidem, p. 101.

²¹ RIBOT GARCÍA, L. Antonio: "Las naciones en el ejército de los Austrias" en Álvarez-Ossorio Alvariño, A. y García García B. J., *La Monarquía de las Naciones: Patria, nación y naturaleza en la Monarquía de España*, Fundación Carlos de Amberes, Madrid, 2004, pp. 653-677.

²² SAAVEDRA VÁZQUEZ, M^ª del Carmen: "La vida del soldado". En: *Historia Militar de España: III Edad Moderna. II Escenario Europeo* (coord. Hugo O'Donnell, Hernán García y José María Blanco Núñez). Ministerio de Defensa, pp. 375-396.

tanto, era necesario haber sido reclutado antes. El recluta debía haber cumplido unos requisitos mínimos de edad y de estado físico, como indicaban las ordenanzas: los reclutas no podían ni ser viejos, ni mancos ni menores de veinte años²³. De todos modos, las limitaciones podían ser eludidas, sobre todo cuando la demanda de soldados era alta en tiempos de guerra. Sin embargo, no todos los reclutados se convertían en soldados, debido al elevado nivel de desertiones que tenía el ejército español.

La edad de los efectivos era extremadamente reducida: en el ejército de Flandes predominaban los soldados de entre 20 y 40 años, edad media superior en las guarniciones de la península. Según Thompson, el 74% de los voluntarios estudiados por él tenía menos de 25 años y la edad media del común se situaría en 22 años²⁴. Según L. White, la edad para el reclutamiento iba desde los 15 a los 40 años -que se extendieron a 50 en la década de los 40 en el siglo XVII y a 70 para los soldados veteranos en una leva de 1640-. Sin embargo, las fuentes disponibles, como testimonios de escribanos, cuentas de los contadores, listas de pie..., entre otras, muestran que los reclutados -en su mayoría- eran jóvenes, y, algunos, incluso más que la edad mínima. La mayoría rondaba los 25 y la minoría tenía más de 30²⁵. Otra característica de los soldados es que estaban ligados al ejército de por vida, y, salvo disolución o reforma de su unidad, se precisaba de una licencia oficial para abandonar su compañía. Podía haber otras formas -como la incapacidad física o la edad- para justificar estas licencias, pero no era sencillo, lo que explicaría la elevada cantidad de años de servicio que tenían los soldados españoles²⁶.

El prototipo de bisoño o novato sería el de un hombre joven soltero y castellano del tercer estado. Era una premisa de la administración militar prohibir que los soldados se casasen sin licencia previa y a riesgo de perder su plaza y sus ventajas. En el capítulo 41 de la ordenanza del 28 de junio de 1632, se estipula que solo se podían casar una sexta parte de los soldados de los tercios y la cuarta parte de los peninsulares²⁷.

Una vez el soldado pasaba a ser admitido en una compañía, recibía una cantidad de dinero, a cargo de la administración miliar, que se encargaría de su alojamiento,

²³ THOMPSON, Irving A. A.: "El soldado del imperio: una aproximación al perfil del recluta español en el siglo de Oro". *Manuscripts* 21, 2003, pp. 17-38.

²⁴ *Ibidem*, p. 30.

²⁵ WHITE, Lorraine: "Los tercios en España: el Combate." *Studia Histórica* Hª Moderna, Ed. Universidad de Salamanca, pp. 141-167.

²⁶ QUATREFAGES, René: "Los tercios (...)", *Op. Cit.*, pp. 127-135.

²⁷ SAAVEDRA VÁZQUEZ, Mª del Carmen: "La vida del soldado (...)", *Op. Cit.*, p. 374.

alimentación y provisión de armas en caso de carecer de armamento propio, siendo descontado de la paga²⁸.

2.1.- Apariencia del soldado moderno: ¿cómo era?

Según grabados, cuadros y descripciones literarias se puede ver cómo casi todos los soldados tenían una poblada barba, bigote y el pelo muy largo, lo que podía ser asociado a la fiereza. Por otro lado, en el siglo XVI y XVII los miembros del ejército no compartían un atuendo común. El uso de telas y vestidos podía estar regulado en base al orden social, pero no era común en toda Europa. La aparición a finales del siglo XVI de los ejércitos de mercenarios dio lugar a nuevas pautas en la moda. En España, los soldados vestían de forma diferente a los civiles, y podían llevar prendas similares a las de los nobles, según recogía la Real Cédula sobre las preeminencias de trajes y vestidos de 1623. Esta diferencia se diluiría en el siglo XVII ante la pérdida de presencia de mercenarios y voluntarios, al nutrirse las filas del grupo de pecheros o clases populares²⁹.

A diferencia del resto de Europa, donde asentistas y capitanes equipaban a sus tropas, en los territorios de dominio de la corona hispánica esto corría a cargo de la monarquía. Esto supuso ventajas importantes en la estandarización y generalización de las ropas. En España, desde finales del siglo XVI los vestidos de munición que portaban los soldados estaban compuestos por un patrón común, pero, aunque llevasen prendas parecidas, no se podía identificar a los soldados a través de sus ropajes³⁰.

Lo habitual en el siglo XVI era que los alistados saliesen de sus hogares pertrechados con ropajes nuevos, independientemente de ser reclutados por la corona o las provincias. La corona, en ciertos aspectos, estaba obligada a abastecer adecuadamente a sus hombres, enviando el vestuario de otras zonas o concertando su confección en diferentes puertos. En 1664 la situación cambia con la creación de los tercios provinciales (unidades veteranas que llevaban el nombre de provincias y se financiaban a través de estas) y la imposición un uniforme fijo con un color característico y adecuado a sus funciones. En paralelo, se registrarían en Inglaterra un uniforme común y en Francia un determinado color³¹.

²⁸ Ibidem, p. 376.

²⁹ RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, A. José: "La evolución del vestuario militar y la aparición de los primeros uniformes (1660-1680)". *Ohm: Obradoiro De Historia Moderna*, 2017 (26). <https://doi.org/10.15304/ohm.26.4302>, pp. 180-206.

³⁰ Ibidem, p. 182.

³¹ Ibidem, p. 186.

En la península, gracias a Don Juan José de Austria, se dispuso una gama de diferentes colores para los tercios provinciales y ropajes mejores, ya que, según el mismo, repercutirían en la calidad de los reclutas. Es llamativo cómo condicionó la deserción, ya que era más fácil reconocerlos con un determinado color, como ocurrió cuando las autoridades locales de Madrid capturaron 11 fugitivos del tercio provincial al reconocerlos por sus vestimentas. Otra cuestión destacable es que se constató que la indumentaria era un factor que movía a los reclutas al compromiso: los uniformes fueron un gancho para los soldados, sobre todo para los más jóvenes, que vestirían de vivos colores, lo que los diferenciaría de otros, dándoles así un “espíritu de cuerpo”³².

En cuanto a las armas que portaban, además de espadas, dagas y demás armas blancas, cabe destacar la pica y el mosquete. El mosquete, aunque no abultaba tanto como la pica, no era más fácil de usar y era muy lento: para cargarlo y disparar hacían falta 28 movimientos. Además, se trataba de un arma de 9 kg (tres veces el peso de un rifle moderno). Los mosqueteros tenían que llevar un trozo de mecha encendida todo el tiempo y bolsas de munición en la dragona -la correa del hombro-, y se dieron casos de soldados fallecidos por acercarse demasiado a la pólvora³³.

Si se apuntaba bien, una bala de mosquete de unos 3 cm de diámetro podía matar a un hombre a una distancia de hasta 400 metros. Sin embargo, con un arma tan difícil de manejar, siempre podía salir algo mal: sin la suficiente pólvora, la bala se quedaba corta; pero con demasiada, el cañón del mosquete le estallaba en la cara al que lo disparaba; todo esto sin contar cuestiones como el hecho de que la pólvora estallase sin prender la del cañón o que la bala se cayese del cañón del mosquete. El percance más corriente era que la mecha se apagase en un momento crítico, sobre todo si llovía, con lo que el soldado quedaba indefenso. A partir del siglo XVII, la mecha es sustituida por un pedernal en el gatillo (que golpea contra el percutor de metal y hace explotar la carga), con lo que el mosquete fue cobrando más importancia en las técnicas de guerra europeas³⁴.

Ningún ejército conservaba un aspecto impecable por mucho tiempo: los soldados se veían obligados a luchar descalzos o casi desnudos; pues, aunque al unirse se les diese una muda, se rompían enseguida y podían pasar meses o años sin recibir ropa nueva³⁵.

³² Ibidem, p. 187.

³³ PARKER, Geoffrey y PARKER, Angela: *Los soldados europeos entre 1550 y 1650*. Akal Cambridge, Madrid, 1991, pp. 12-15.

³⁴ Ibidem, p. 18.

³⁵ Ibidem, p. 22.

Ejemplo de ello da el cuadro de Pieter Snayers, artista militar que vivió en Amberes, donde dibuja al ejército español acampando a los alrededores de Aire Sur le Lys en 1641.



Figura 3: Detalle del cuadro Asedio de Aire Sur le Lys de Peeter Snayers (1653) en Museo del Prado, sala 080.

Pero ¿cómo era el soldado más allá de su físico, uniforme y equipo? El análisis comparativo entre el militar ideal perfilado por los tratados de la época y las fuentes literarias es muy diverso en cuanto a las actitudes religiosas. En el caso español, el planteamiento encuentra razón de ser dada la consideración extendida sobre algunas unidades como los tercios, cuya mentalidad se ha llegado a caracterizar por la exasperación del sentimiento religioso, nacional, del honor y el valor. Así, aunque la consideración de los militares no recibe un trato único en el pensamiento de la época, la identificación de la guerra como actividad para la defensa de la religión y la monarquía podría darle al soldado al menos un modelo de moral intachable y gran virtud³⁶.

El contraste con la realidad no empañaría la imagen del soldado, cuyas desviaciones son asociadas a factores como la falta de pagas, el sistema de alojamientos, la mala calidad de los capellanes, etc. Tampoco se puede olvidar que la religión sería utilizada como elemento de disciplina, lo que explica su fomento por parte de las autoridades con cofradías y asociaciones, misas de Acción de Gracias..., entre otras.

La realidad individual del soldado va más allá de los testimonios literarios, que obligan al uso de indicadores concretos que permitan perfilar al sujeto con nitidez y los principales rasgos de su comportamiento. En relación con la cuestión religiosa, la actitud

³⁶ SAAVEDRA VÁZQUEZ, M^a del Carmen: "Algunos rasgos del comportamiento religioso de los militares españoles en época austriaca: el ejemplo de La Coruña". *Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, H.ª Moderna*, t. 7, 1994, pp. 271-286.

ante la muerte es un referente notable, tanto por la cantidad de referencias historiográficas como por su adecuación a este grupo social, en contacto casi permanente con ella³⁷.

M^a del Carmen Saavedra analiza una muestra de militares de A Coruña y Baiona, bases navales importantes y puntos de partida de expediciones a la Europa Atlántica. A través del análisis de 130 testamentos de la primera mitad del siglo XVII, se puede deducir que no es el nivel jerárquico del individuo, sino su destino, lo que determina su disposición a testar. El 80% referencia a la virgen, mientras que solo tres referencian a santos. En cuanto a la disposición de los ritos funerarios, la elección de la mortaja se ve en una minoría, y lo más llamativo en comparación con la sociedad civil (enterrada en su propia parroquia) es que estos preferían enterrarse en conventos, donde residían sus cofradías. Esta fue una constante en el tiempo, señalando un predominio de solidaridad interna frente a vínculos vecinales. También destaca el porcentaje que acompañaba los mandamientos con la expresión “si hubiere con que”, señalando la precariedad económica de este grupo, junto con expresiones como “del sueldo que S. Magd. me debe”, presente en caso de soldados y oficiales³⁸.

2.2.-Procedencia de los soldados: ¿quiénes eran?

Antes de analizar la procedencia del soldado, tanto social como geográfica, es necesario introducir los diferentes métodos de reclutamiento en la Edad Moderna y su evolución, ya que están estrechamente ligados con la procedencia del soldado. En el ejército español, la cuestión se alejaba del marco europeo, ya que existe un primer debate de la procedencia estamental del propio ejército. Las visiones tradicionales del soldado apuntan a la nobleza como piedra angular de la infantería española a mediados del siglo XVI, un argumento difícil de ratificar por la falta de fuentes capaces de ofrecer evidencias estadísticas sólidas. Rene Quatrefages se basa para argumentar en que, durante los primeros años de guerra de Flandes, el grueso de la tropa eran nobles e hidalgos en la cantidad de caballos, escuderos y los tratamientos de Don de los soldados. Otros estudios sobre el reclutamiento expondrían otros datos: Thompson cuestiona la nobleza del ejército español, ofreciendo una estimación de un máximo de un 15% entre sus filas, incluyendo a los oficiales, frente al 25% de Quatrefages³⁹.

³⁷ Ibidem, p. 280.

³⁸ Ibidem, p. 281.

³⁹ SAAVEDRA VÁZQUEZ, M^a del Carmen: “La vida del soldado (...)”, Op.Cit., pp. 375-396.

Un punto a tener en cuenta en el análisis de la procedencia militar nobiliaria es el factor cronológico: los posibles reclutados durante la crisis del sistema militar español en 1590 causan el aumento de la demanda de hombres en un periodo de crisis demográfica y subida de los salarios, haciendo del oficio del soldado algo menos atractivo. Por ello durante el siglo XVII proliferarían los reclutamientos forzosos en regiones como Galicia, es decir, se inicia un proceso de “desprofesionalización del ejército”, donde se asistiría a una reducción del porcentaje de nobles entre la tropa, aunque no existan cifras para avalar dicho proceso⁴⁰.

La procedencia geográfica de los soldados del ejército hispano partían de una realidad condicionada por las prácticas de reclutamiento de la propia monarquía y sus principios: en primer lugar, alejar al soldado de su lugar de procedencia, para evitar la desertión y garantizar una mayor eficacia, y la preferencia por los soldados de origen español, ciñéndose al ámbito castellano -aunque el deterioro del sistema militar provocaría cambios en la geografía del reclutamiento-⁴¹.

En cuanto a la procedencia rural o urbana de los alistados, existen discrepancias historiográficas: la visión tradicional atiende a que el 83% de los soldados eran de origen rural reclutados en Burgos a finales del siglo XVI como indican J Mañeru y C. Cámara⁴². Autores como I. A. Thompson defienden que la mayor parte de residentes procedían de grandes núcleos urbanos, pero, con todo, reconoce que muchos de los residentes urbanos podían proceder del campo y que durante el siglo XVII se estaría asistiendo a un proceso de ruralización de los reclutas⁴³. La ausencia de muestras indica que este es un asunto complejo, y habría que atender a la diversidad de niveles de urbanización regional en Castilla.

No resulta sencillo averiguar la procedencia social de los soldados rasos, ya que las fuentes disponibles afirman que la milicia estaba constituida totalmente por artesanos, tratantes y labriegos; es decir, gente que se dedicaba a los oficios. Sin embargo, los hombres reclutados en los ejércitos reales y presidios también eran ociosos, vagos, criminales, vagabundos y mendigos⁴⁴.

⁴⁰ Ibidem, p.378.

⁴¹ Ibidem, p.379.

⁴² MAÑERU LÓPEZ, Juan y CÁMARA FERNÁNDEZ, Carmen: “La organización militar en los siglos XV y XVI”. En: *Actas de las II Jornadas Nacionales de Historia Militar* (coord. Esther Cruces Blanco), 1993, p. 264.

⁴³ THOMPSON, Irving A. A.: Op.Cit., pp. 17-28.

⁴⁴ WHITE, Lorraine: Op Cit., pp. 141-167.

3.-La vida en el ejército.

Tras la incorporación al ejército y recibir su equipamiento, el bisoño iniciaba su formación, básica para garantizar la eficacia de las tropas. Antes del servicio activo, los bisoños recibían un entrenamiento elemental que incluía la observación del entrenamiento de soldados experimentados y la práctica de ejercicios y tácticas de combate. Estas estaban a cargo de los sargentos, siendo la función de los capitanes el refuerzo de su espíritu combativo en los momentos previos a su envío al teatro de operaciones⁴⁵.

El traslado se realizaba por mar hacia Italia y a través del “Camino Español”, que los llevaba a Flandes. Como indica G. Parker, podían arribar a Génova o a otras zonas de la península itálica, pero con un punto de reunión común en Milán, luego trasladándose hasta Besanzón. Desde ahí, se podían trasladar hasta Flandes de dos formas: pasando por Breisach, Worms, Maguncia, Colonia y, finalmente, Bruselas; o, más directamente, desde Besanzón hasta Luxemburgo y, finalmente, Bruselas⁴⁶. No obstante, el Camino Español era el final del trayecto, el inicio era en la península, trasladando las tropas a través de tránsitos controlados por la administración militar, y los caminos podían llevar de 13 a 40 días⁴⁷. Una vez en el puerto, los capitanes se encargaban de que los soldados se confesaran y comulgaran para después embarcar. La infantería se distribuía en buques y se sometía a la autoridad del comandante, generando, en algunos casos, conflictos de competencias⁴⁸. Naturalmente, la ruta era posible por mar desde puertos españoles hasta puertos flamencos del sur, a través del cabotaje por el océano atlántico. Esta ruta, evidentemente, era más peligrosa, dado que tenían que pasar por el Canal de la Mancha, donde británicos, franceses o piratas podían atacar los navíos de transporte de tropas.

La vida en el barco podía ser complicada para castellanos que nunca habían estado en el mar, y eran habituales los conflictos. Además, los alimentos y el agua adquirían un mal estado. Entre los alimentos que se conservaban, además del bizcocho, había carne

⁴⁵ SAAVEDRA VÁZQUEZ, M^a del Carmen: “La vida del soldado (...)”, Op.Cit., p. 377.

⁴⁶ PARKER, Geoffrey: *El ejército de Flandes y el camino español 1567-1659*. Alianza Editorial. Madrid, 1985, pp. 129-131.

⁴⁷ MAÑERU LÓPEZ, Juan y CÁMARA FERNÁNDEZ Carmen: “La picaresca en el ejército: datos para su estudio: presencia de soldados en Burgos a finales del Siglo XVI” en: *La organización militar en los siglos XV y XVI: actas de las II Jornadas Nacionales de Historia Militar* (coord. Esther Cruces Blanco), 1993, p. 186.

⁴⁸ SAAVEDRA VAZQUEZ, M^a del Carmen: “La vida del soldado (...)”, Op. Cit., p. 377.

salada, pescado, vino, garbanzos, queso, tocino y arroz, distribuidos varios días a la semana⁴⁹.

Otra cuestión del viaje eran los problemas sanitarios, pues la presencia de enfermedades, la humedad, la suciedad y el mal estado de los alimentos causaba la aparición de epidemias que solían combinarse, por lo que se proporcionaba a los enfermos una dieta especial y se los dejaba bajo el cuidado del cirujano o barbero correspondiente⁵⁰.

3.1.-Cómo vive el soldado: alojamiento y paga.

Una vez en Italia, se distribuían las compañías entre diversos presidios españoles, una red de castillos modernos en territorios de dominio hispano. Se denominaba “presidio” a aquella localidad donde residía la infantería de forma ordinaria, e incluso llegó a constituirse un “Estado de los presidios” en la Toscana, según el acuerdo de 1557 entre Felipe II y Cosme I de Medici, un territorio de 287 kilómetros cuadrados que disponía de un sistema defensivo muy amplio⁵¹.

Otra forma de alojamiento se usaba cuando no existía una fortaleza o un espacio donde dormir: los oficiales dormían en tiendas de doble techo (lona por dentro y fuera) para que el interior se mantuviera más caliente, y los soldados que levantaban el campamento debían buscarse su propio alojamiento. Muchas veces, esto quería decir que los soldados durmiesen al raso, incluso en arbustos. Existen fuentes que indican que los soldados podían morir de frío mientras dormían, lo cual refleja sus condiciones. Sin embargo, los veteranos sabían cuidarse, lograban salir bien parados de estas situaciones: se cubrían con paja, tierra o una lona, y en ocasiones construían cabañas o refugios⁵².

Una vez terminaba la campaña y los hombres se trasladaban a los cuarteles de invierno o a la guarnición que les correspondía, la vida resultaba más cómoda. Con respecto a este tema, en Europa no se construyeron grandes cuarteles hasta el siglo XVIII. Antes de esto, a cada soldado se le asignaba un lugar de alojamiento, que solía ser una casa en el pueblo o la ciudad donde estuviera estacionado. En esa casa vivía con varios compañeros, y todos tenían derecho a recibir comida gratis y cama, lo cual les permitía cubrir sus necesidades sin pagar nada a cambio. No obstante, para los civiles en cuya casa

⁴⁹ Ibidem, p. 377.

⁵⁰ Ibidem, p. 378.

⁵¹ Ibidem, p. 378.

⁵² PARKER, Geoffrey y PARKER, Angela: Op. Cit., pp. 27-30.

se alojaban, este trato podía significar morir de hambre, pues era complejo alimentar tres bocas más; y, en ocasiones, surgían problemas entre los propietarios y los soldados⁵³.

Ya en la Época Moderna, los infantes podían vivir en una fortaleza o un castillo, siendo el caso de Milán el más conocido, al tratarse del mayor preceptor de tropas españolas en Italia. Cuando acudió Don Luis de Castilla entre junio de 1583 y mayo de 1586, en el castillo vivían 567 soldados y, dado que los militares estaban casados y los trabajadores del castillo se alojaban dentro, podían habitar cerca de un millar de personas en la fortaleza⁵⁴. Otro caso en Italia mejor conocido es el de Sicilia, donde residía un tercio ordinario fijo y había varios extraordinarios que se alojaban allí de forma temporal⁵⁵. El tercio fijo se distribuye entre Palermo, ocho ciudades de presidio y localidades de interior, donde las tropas completaban su formación. El grueso de la infantería se hospedaba en casas de particulares, y esto pudo favorecer el despoblamiento de territorios de realengo en beneficio de tierras señoriales. Por otro lado, se conservan referencias al mal trato por parte de los sicilianos a las tropas. Para evitar estas situaciones, a finales de siglo se modificó la política de alojamiento en Italia y se construyeron los *quattieri*, barrios específicos para albergar soldados. El primero conocido se estableció en Nápoles por orden del Virrey Pedro de Toledo en la década de 1580⁵⁶. Las investigaciones muestran cómo los tercios fijos mantenían relaciones cordiales con la población, con matrimonios entre soldados y mujeres sicilianas. Las uniones crecieron tanto que, a comienzos de la centuria, las autoridades militares tuvieron que comenzar a emitir disposiciones para evitar esta práctica.

Cuando el soldado se alojaba en un frente de guerra, se organizaba en campamentos, que podían ser de grandes dimensiones y organizados previos a un combate: los que se establecían para un asedio a una plaza, los campamentos permanentes y los temporales. Su distribución y funcionamiento se regulaban y los soldados se asentaban en posiciones cómodas y con de agua, forraje y leña. Los soldados se alojaban en tiendas, barracas, chozas o al raso, al igual que los civiles que los acompañaban⁵⁷.

⁵³Ibidem, p. 32.

⁵⁴RIBOT GARCÍA, L. Antonio: "Milán, plaza de armas de la Monarquía". *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, Nº 10, 1990, pp. 203-238.

⁵⁵BELLOSO MARTÍN, Carlos: *La antemuralla de la monarquía: Los tercios españoles en el reino de Sicilia en el siglo XVI*. Ministerio de Defensa, Dirección General de Relaciones Institucionales, 2010, pp. 457-465.

⁵⁶ SAAVEDRA VAZQUEZ, M^a del Carmen: "La vida del soldado (...)", Op. Cit., p. 379

⁵⁷ Ibidem, p. 380.

La realidad de los bisoños podía variar mucho dependiendo del lugar de destino, ya que en los presidios norteafricanos había mayores tasas de desertión, con condiciones más hostiles. En consecuencia, los hombres de los presidios podían recurrir a cabalgadas, a exigir pagos de contribuciones o a otras cuestiones para garantizar su supervivencia⁵⁸.

Estas realidades muestran que la vida del recluta podía variar mucho dependiendo del lugar de destino y otros factores, como la formación en Italia durante el siglo XVII, que fue más rara debido al bloque del Camino Español por vía terrestre y las crecientes dificultades de la monarquía para conseguir reclutas, lo que obligaba a enviarlos directamente al frente y formarlos sobre la marcha, contribuyendo a disminuir la eficacia de los tercios españoles en Flandes⁵⁹.

En cuanto a los salarios, en comparación con los asalariados u obreros especializados, estos podían parecer más elevados, pero el problema era que pocas veces llegaban en hora, la cual era una de las quejas más comunes y notables entre los soldados. Por ejemplo, al ejército español destinado en Países Bajos en 1576 se le debían entre tres y seis años de salarios atrasados; por tanto, no es de extrañar que, en ocasiones, las tropas se amotinaron en señal de protesta, negándose a luchar hasta que se les pagara. Estas “huelgas” solían dar resultado, pero solo para aquellos que se amotinaban: ningún gobierno podía permitirse pagar todos los sueldos de una tacada; por ello, las unidades que más se quejaban lograban su dinero antes⁶⁰.

Sin embargo, la paga, que eran tres escudos mensuales, se mantuvo estable durante 100 años (1534-1634) y los soldados destinados en Flandes tenían ciertas ventajas como la revalorización del escudo en la última década del siglo XVI, que aumentó el nivel salarial de estos soldados. Aunque la paga fuese estable, los soldados fueron perdiendo poder adquisitivo debido al progresivo incremento de los precios, una pérdida estimada en el 100% en el reinado de Felipe II, situación que se vio reforzada por la evolución de los salarios entre 1590 y 1642, que restó atractivo a la profesión de armas frente a otros oficios. Por ejemplo, en 1590 el sueldo de un soldado hispano era la mitad que el de un obrero de la construcción en Valladolid, mientras que una década más tarde tan solo suponía un tercio de este⁶¹. Quatrefages demuestra también que el salario de los tercios

⁵⁸WHITE, Lorraine: Op. Cit., p. 143.

⁵⁹ SAAVEDRA VÁZQUEZ, M^ª del Carmen: “La vida del soldado (...)”, Op. Cit., p. 381.

⁶⁰ PARKER, Geoffrey y PARKER, Angela: Op.Cit., pp.35-41.

⁶¹ WHITE, Lorraine: Op. Cit., p. 144.

se devaluó progresivamente entre los siglos XVI y XVII. Mientras que los salarios civiles se duplicaron en valor nominal, el de los tercios era el mismo, y perdía la mitad de su poder de compra⁶².

De todos modos, la profesión de soldado continuaba teniendo cierto atractivo, ya que la posesión del fuero militar o las posibilidades de promoción, entre otras, podían mostrar ciertos beneficios que daba el ejército, como disponer de alimentación, alojamiento, atención sanitaria y asistencia espiritual, necesidades que no tenía cubiertas la mayoría de la población de la época.

3.2.-El ejército como ciudad ambulante: mujeres y niños en el campamento.

Con el ejército marchaban columnas de mujeres, niños, mulas, vacas, carretas de entrega con todo tipo de objetos... En numerosas ocasiones, solo la mitad de la comitiva eran soldados: el resto eran mujeres, niños, criados..., que superaban en número a los componentes de las tropas. Además, a estos seguidores había que alimentarlos, y la mayor parte demandaba un medio de transporte. Por ejemplo, en 1577, un ejército español de 5300 soldados que se trasladaba a Italia pidió raciones para alimentar a 20.000 personas; es decir, por cada soldado habría casi tres acompañantes. Esta misma expedición llevaba un equipaje de 2.600 toneladas, y para transportarlas hicieron falta 15 asnos, 118 mulas pequeñas y 365 mulas grandes⁶³.

En los ejércitos que permanecían movilizados durante mucho tiempo, los hombres se alistaban jóvenes e iban envejeciendo en el servicio activo, y muchos de ellos se casaban y tenían hijos. Así, el ejército se iba convirtiendo en el hogar de muchas mujeres y niños que no tenían otro lugar adonde ir. Por ejemplo, durante la Guerra de los 30 Años (1618-1648), cada uno de los ejércitos se convirtió en una gigantesca ciudad ambulante con su propia vida comunitaria con tiendas, servicios, familias⁶⁴...

En cuanto a la vida de las esposas de los soldados, era igual de difícil que la de sus maridos, pues, además de cocinar y encargarse de los niños, tenían que realizar tareas para otros como lavar, limpiar, coser o arreglar ropa, para poder conseguir un poco de dinero. Si su marido moría en batalla, la única esperanza que les quedaba era casarse otra

⁶² QUATREFAGES, René: "*Los tercios (...)*", Op. Cit., p. 69.

⁶³ PARKER, Geoffrey y PARKER, Angela: Op Cit., p. 34.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 35.

vez; en cambio, si el campamento quedaba en manos del enemigo, se les cortaba el cuello a todas la mujeres o se convertían en criadas o esposas de los vencedores⁶⁵.

Entre los acompañantes ocupaban una posición privilegiada los asentistas, contratados por la administración para proveer de alimentos a las tropas. Aunque la base alimenticia de los infantes era el pan, este no era el único sustento, ya que también podían acceder a carne en salazón, pescado seco, arroz, queso, tocino salado, vino, cerveza, manteca, aceite, vinagre y sal⁶⁶. La gestión de las provisiones se resolvía mediante contratos, que permitían a los soldados comprar alimentos a los vivanderos. Estos les proporcionaba víveres, equipamiento y préstamos, convirtiéndose en figuras clave para el funcionamiento del ejército. Sus posibilidades de negocio también derivaban de los botines de saqueos o los bienes de los fallecidos en combate.

3.3.-La formación y la disciplina.

Sobre la disciplina del ejército se pueden sacar datos del trabajo de Lorraine White, ya que, al contrario de lo que refleja la óptica tradicional de que el ejército funciona como “piezas de ajedrez” que obedecen a una cadena de mando de forma incuestionable, la verdad en los ejércitos modernos era bien distinta. Encontramos quejas de no cumplimiento y terquedad, y en el campo de batalla los generales no podían mantener el control que el mando central daba por hecho. Los resultados obtenidos en el campo de batalla revelan que los intereses de los soldados pocas veces coincidían con los de sus superiores, con técnicas diferentes entre ambos grupos que se manifestaban de diferentes formas, como los botines⁶⁷. Siempre que estos llegaban a los soldados, triunfaban la codicia y el interés, y era posible la desintegración del ejército en la toma de estos. Un ejemplo es que, a finales de 1640 en Cataluña, los soldados españoles se mostraron más atentos al dinero que a la guerra, lo cual causó que el capitán de un cuerpo de un tercio provincial perdiese numerosos caballos y tropas⁶⁸, por lo que el rey prohibiría que los soldados hiciesen correrías, pero el botín muchas veces hacía que los soldados ignorasen las órdenes reales.

Entonces, la pregunta es: ¿qué lealtad infunde el rey en los soldados? En contraste con los RR CC., los Habsburgo se retiraban a los palacios, por lo que el

⁶⁵ Ibidem, p. 36.

⁶⁶ QUATREFAGES, René: “*Los tercios (..)*”, Op. Cit., p. 365

⁶⁷ WHITE, Lorraine: Op. Cit., pp. 141-167.

⁶⁸ GRILLI, Giuseppe: *Guerra de Cataluña de Francisco Manuel de Melo*. Barcelona, 1993, p. 220.

contacto del soldado con el monarca era el mismo que el de un campesino -con la diferencia de que el soldado juraba servirlo lealmente-. Aquí, el papel de los jefes militares era decisivo: capitanes, maestros de campo o generales daban charlas, les exhortaban y animaban a la batalla. En el combate, los comandantes eran jefes de todo: si caían, las tropas se descomponían⁶⁹.

La lealtad de los soldados no era algo único e indivisible. Los soldados debían lealtad a varios niveles, desde sus compañeros hasta el rey. Las cuadrillas de soldados eran muy importantes, grupos de cuatro soldados que atendían a sus compañeros heridos, los retiraban del campo de batalla y les curaban las heridas. Es posible que los soldados se identificasen, y tal vez defendiesen la bandera de su compañía. Además, en este campo cabe ver cómo los altos mandos se oponían a la reforma de los tercios y sus compañías⁷⁰ -que suponía la destrucción de algunas unidades-.

En contraste a todos los datos sobre los soldados, los oficiales apenas desertaban, ya que no tenían la necesidad, y sus motivos para servir eran varios: servir al rey, amistad, probar a su grupo social su honor, su curiosidad, gozar de exenciones, el prestigio y, mayormente, los derechos de merced⁷¹.

Los conceptos de lealtad, patriotismo o nacionalismo -entendido como un “protonacionalismo”- están presentes en el ejército y en diferentes expresiones en el lenguaje de los coetáneos. Eso no quiere decir que la tropa lo compartiese, pero los conceptos de nación y monarquía estaban presentes en el cuerpo militar⁷².

Los capitanes tenían al principio de esta época una gran influencia sobre la tropa: de ellos dependía la disciplina, ya que podían azotar, multar o humillar a sus inferiores cuando querían. Ellos decidían quién llevaba a cabo ciertas obligaciones, y podían sacrificar hombres o perdonarlos; sin influencia de superiores. Los capitanes elegían a los sargentos y cabos de escuadra de su compañía y repartían los pagos entre sus hombres⁷³. Como indica Parker, la insolvencia del tesoro convirtió a los capitanes en prestamistas y en oficiales de beneficencia. En cada compañía había un cofre que guardaba el capitán, de cuyos fondos adelantaba subsidios a soldados necesitados cuando no llegaba el dinero

⁶⁹ WHITE, Lorraine: Op. Cit., p. 144.

⁷⁰ Ibidem, p. 146

⁷¹ Ibidem, p. 146

⁷² Ibidem, p. 145.

⁷³ PARKER, Geoffrey: Op. Cit., p. 205.

del tesoro. Era responsabilidad de los capitanes rescatar, rearmar o proporcionar caballo a los hombres que habían perdido sus armas o caballos. De este modo, los capitanes eran los primeros en cobrar el tesoro. Este sistema era excelente si los capitanes fuesen hombres honestos, pero no era el caso. El gobierno intentó en varias ocasiones pagar a las tropas “en tabla y mano propia”, pero fracasaron siempre. Los soldados acababan pidiendo dinero a los capitanes para no morir de hambre, lo cual hacía que estos sacasen créditos. Existían prácticas de los capitanes como sobornar campesinos a los que adjudicaban como soldados veteranos -que cobraban más- para luego quedarse con su sueldo.

Los motines en los Países Bajos se mantuvieron constantes entre 1573 -iniciado en Harlem- hasta 1609 en Diest, con una breve pausa entre 1576 y 1589. En estos, las revueltas militares tuvieron caracteres peculiares: no fueron solo huelgas, se originaron en el peligro constante, en la incomodidad y la pobreza diaria. Podían incluso ser las esposas de soldados las que incitaban a los maridos a la desobediencia. Una vez cometida, los amotinados se organizaban sofisticadamente para alcanzar los objetivos: elegían líderes que los dirigiesen, seguían un plan racional y organizado y buscaban metas asequibles. Los motines del ejército de Flandes acabaron por convertirse virtualmente en una institución de la vida militar, siendo uno de los capítulos más antiguos de la historia de la negociación colectiva en Europa, como indica Parker⁷⁴.

3.4.-Enfermedad, heridas y muerte.

Las enfermedades, la malnutrición y las condiciones adversas marcaron la guerra en la Edad Moderna. Era habitual la pérdida de tropas cuando se entraba en lucha, pero la tasa de desgaste más alta del ejército era debida a los estragos que suponían las diferentes epidemias y la desertión.

La guerra no solo afectaba a los soldados, sino también a las comarcas donde estaban las fuerzas en combate. Un ejemplo es la frontera con Portugal y el conflicto que trajo consecuencias para la población civil -especialmente de la zona de Extremadura-, asentándose fuerzas poco disciplinadas: “la escoria de los ejércitos, sin duda unos jefes inoperantes, probablemente productores de fracasos a quienes les importaba mantener la

⁷⁴ PARKER, Geoffrey: Op Cit., pp. 233-235.

situación de guerra porque ello les enriquecía”⁷⁵. En este escenario, se dieron episodios de desertión, rebelión abierta y desgaste demográfico en la frontera luso-hispánica.

En estas centurias, analizar las bajas de los conflictos es cuestionable, debido a los informes poco fiables; pero, según las estimaciones de C. Borreguero, en el tercio de Nápoles entre 1572 y 1574 fallecían los soldados a un ritmo del 8,2% anual. Las pérdidas de tropas fueron más altas según otras estimaciones: un total de 2.300.000 soldados murieron en los ejércitos europeos en el siglo XVII. Los conflictos se llevaban, en general, la vida de bisoños o nuevos reclutas, lo cual alteró el panorama demográfico europeo⁷⁶.

Las causas más frecuentes de defunción en el oficio militar eran las enfermedades contagiosas. Si un soldado moría en acción, tres perecían por las heridas y seis sucumbían a las enfermedades. Esto llevó a que durante el siglo XVII se estableciesen en el campo de batalla avances necesarios contra el contagio de enfermedades, desde las recomendaciones de vestir ropajes sin pieles o costuras, para evitar los microbios, a que los reglamentos militares empezasen a tener cláusulas relacionadas con la higiene⁷⁷. Enfermedades notables como la disentería asolaron el escenario de la Guerra de los Treinta Años, situación agudizada por la malnutrición. En muchos casos, los reclutas podían llegar en peor estado que los propios soldados, lo que llevó a que, a finales de siglo, en otros ejércitos se tomaran ciertas iniciativas, como establecer una estatura adecuada para los soldados de ciertos cuerpos⁷⁸.

Sin duda, la enfermedad denominada “el mal español, la sarna española o el sarampión de las Indias” tuvo que estar ligada a la propagación por los propios tercios en el Camino Español. Esta enfermedad, conocida hoy en día como sífilis, experimentó una gran difusión a partir del sitio de Nápoles por parte de Carlos VIII de Francia a finales del siglo XV. Aunque afectó a toda Europa, fueron los tercios españoles en los Países Bajos los que probablemente más la padeciesen. Esto llevó a que numerosos hospitales militares recibiesen una ayuda especial para que se tratase a estos pacientes. Se establecieron diferentes paliativos, siendo los más conocidos los baños de vapor, sudores

⁷⁵ RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, Ángel: “Guerra, miseria y corrupción en Extremadura, 1640-1668”. En: *Estudios dedicados a Carlos Callejo Serrano*, Cáceres, 1979, pp. 626-645.

⁷⁶BORREGUERO BELTRÁN, Cristina: “El coste humano de la guerra: mortandad, enfermedad y desertión en los ejércitos de la Época Moderna”. En: *El combatiente a lo largo de la historia*, (coord. Fidel Gómez Ochoa, Daniel Macías Fernández), 2012, <http://hdl.handle.net/10259.4/2482>, p. 59.

⁷⁷ Ibidem, pp. 60-62.

⁷⁸ Carlos XII de Suecia estableció una talla mínima de 5 pies y una pulgada con diferentes variaciones para cuerpos de caballería e infantería. Ibidem, p. 61.

y diferentes ungüentos. También se establecieron métodos de aislamiento para evitar el contagio de enfermedades, que se mejorarían con el tiempo, relativamente eficientes⁷⁹.

No obstante, los soldados no solamente sufrían enfermedades físicas, sino que también estuvieron presentes los primeros diagnósticos en el siglo XVII relacionados con enfermedades psicológicas: el shock del infierno, el mal de corazón o *les nostalgiques* fueron nombres para referirse a enfermedades derivadas del estrés de la guerra -lo que actualmente se conoce como depresión o neurosis de guerra-, que podían llevar a la inhabilitación del servicio⁸⁰. En el ejército de Flandes, un número considerable de soldados fue licenciado por padecer estas enfermedades. En el registro de órdenes de los años 40 del siglo XVII se inscribieron al menos seis soldados con esta dolencia. Se registraron licencias del ejercicio a personas por “hallarse rotos y con otros achaques”, y otro tipo de expresiones para referirse a que el soldado no era apto. Con el tiempo, como señala Borreguero, las enfermedades psicológicas estarían más presentes por el reclutamiento forzoso y su paulatina imposición bajo el reinado de los Austrias.

Para entender mejor la situación de los ejércitos y su relación con la propagación de las enfermedades, la obra de Parker ayuda a explicar que el Camino Español, ya mencionado anteriormente, era una zona donde se temía el paso de tropas españolas por la propagación de enfermedades. Como ejemplo, cuando en abril de 1580 se acercan a Besançon un contingente de tropas, los magistrados de la ciudad impidieron su entrada, ya que era frecuente que, con la llegada de las tropas, se propagase la peste bubónica. Otro ejemplo se dio en Salins-les-Bains, donde, nada más marcharse las tropas españolas, se observó la expansión de epidemias. Son varias las notificaciones de oficiales a las autoridades del cese de envío de tropas a zonas de concentración de epidemias como la peste, siendo estas, en muchos casos, las que condicionaban los movimientos de tropas, aunque ninguna autoridad civil tuviese potestad para detener los ejércitos⁸¹.

La medicina en estos momentos todavía no proporcionaba respuestas a los problemas que suponían las enfermedades, ya que podía hacer poco frente a los microbios, pero los progresos en cirugía y el tratamiento de las heridas fueron notables. Con el incremento de las armas de munición, las heridas eran más graves que las causadas por armas blancas. Antes, en las heridas de bala se aplicaba un tratamiento basado en la

⁷⁹ Ibidem, p. 61.

⁸⁰ Ibidem, p. 63.

⁸¹ PARKER, Geoffrey: Op.Cit., p. 114.

creencia de que los heridos eran quemados y envenenados por la munición que había entrado en su cuerpo. A principios del siglo XVI, se usaba un hilo de seda que se conducía a través de la herida para extraer la pólvora y el veneno⁸².

Diferenciada de la ciencia médica estaba la quirúrgica: los cirujanos eran los encargados de operar cuerpos destrozados en batalla. Estos desarrollaron técnicas ante lesiones, fracturas u otros daños. En el siglo XVI, la solución para la cirugía era la amputación, aunque también se aprendió a usar ligaduras para evitar la pérdida de sangre, como el torniquete, introducido por ingleses. La gangrena y sus riesgos también se reducían con la amputación mediante la cauterización de la herida con una quemadura o grasa animal, lo que causaba un dolor inmenso al paciente. Los cirujanos también realizaban operaciones en el campo de batalla y trabajaban armados por si llegaban las tropas enemigas. La ciencia quirúrgica avanzaba lentamente en la Edad Moderna, y el número de cirujanos en los ejércitos era pequeño. En comparación con los ejércitos franceses de Francisco I y los ingleses de Isabel I, los tercios de infantería tenían la mayor dotación médica de su época, con un cuerpo de cirujanos y médicos que recibían a novatos, que iniciaban su saber en el campo de la medicina⁸³.

Los heridos se veían en la manos de sus camaradas para que los llevaran a la tienda o al puesto del médico o cirujano, como pone de relieve la Ordenanza de 1632, que reglamentaba la vida militar de los ejércitos hispánicos: convenía que los soldados tuviesen camaradas en las compañías en grupos de entre cinco y ocho, ya que esto tenía una serie de ventajas: “(...) un soldado solo no puede con su sueldo entretener el gasto forzoso como juntándose algunos lo pueden hacer, ni tiene quien le cure y retire si está sospechoso, ordeno a mis capitanes generales tengan cuidado en no consentir que soldado alguno viva sin camarada, dándoles ellos ejemplo”⁸⁴.

En España, durante los siglos XVI y XVII la cirugía experimentó un empuje que trajo consigo un incremento del número de cirujanos, tanto de los mayores (latinistas y romancistas) como de los menores (los barberos). Los latinistas, llamados así porque estudiaban latín, se formaron en grandes universidades como Valladolid o Salamanca; mientras que los romancistas eran aquellos que aprendieron la teoría en castellano y cuyo

⁸² BORREGUERO BELTRÁN, Cristina: Op. Cit., p. 65.

⁸³ Ibidem, p. 67.

⁸⁴ Real Ordenanza de 1632. Biblioteca Nacional de España B.N: sección de manuscritos, MSS. R-35552.

saber procedía de la práctica diaria. Los barberos, que aprendieron en el ejército, eran, por su parte, los que hacían labores “menores” como sangrías.

Con todo esto, se puede ver cómo el soldado en el ejército era mejor tratado que los campesinos en su tierra, pues los cirujanos del ejército eran los más experimentados. Entre los más destacados del ejército hispánico estaban Andrés de León -a las órdenes de Juan de Austria-, el Duque de Alba -que escribió un tratado de cirugía-, Juan de Vigo, Alonso Romano o Pedro Virgili, que escribieron manuscritos sobre cirugía relacionada con el tratamiento de heridas de bala y pólvora. Sin duda, el más afamado médico castrense, dentro y fuera de España, fue el vallisoletano Dioniso Daza Chacón, médico y cirujano de la casa real. Fue nombrado cirujano del hospital real de la corte en Valladolid, y Felipe II le concedió la jubilación en 1580. Las aportaciones de Daza a la cirugía se recogen en *Práctica y teoría de la cirugía*, con nuevas técnicas para la curación de heridas por armas de fuego, abandonando los métodos tradicionales de cauterio, con la limpieza de la herida, sutura y vendajes, para la posterior aplicación de medicamentos. La mayor parte de los cirujanos de los soldados de los Austrias ganaron experiencia en el campo de batalla gracias a ello, pudiendo salvar numerosas vidas⁸⁵.

Pero ¿cuál era el grado de supervivencia de los soldados después de una herida? Todo dependía de dónde y cómo fuese esta: las heridas de armas blancas eran salvables si no afectaban a órganos internos, mientras que las de bala eran mucho más complejas. En concreto, las de bala de cañón eran fatales: podían romper huesos o tejidos y generar hemorragias internas, como indicaba Luis de Requesens, el gobernador de Países Bajos y capitán general de los tercios españoles: “la mayor parte de los heridos de picazos y pedradas estarán pronto, aunque los heridos de arcabuzazos morirán”⁸⁶. Los libros de texto confirman que la bala podía causar derrames internos, envenenamiento de la sangre..., casos en los que la medicina de la Edad Moderna poco tenía que hacer. Dentro de las limitaciones, hubo veteranos con graves heridas que sobrevivieron a la guerra, aunque teniendo que dedicarse a la mendicidad por su consecuente inutilidad en el ejército⁸⁷.

El ejército de Felipe II contaba con un hospital militar con un equipo de médicos y cirujanos bien preparados. Las tropas en Italia comenzaron a recibir servicios sanitarios

⁸⁵ BORREGUERO BELTRÁN, Cristina: Op.Cit, p. 75.

⁸⁶ PARKER Geofrey: Op Cit., p. 209.

⁸⁷ BORREGUERO BELTRÁN, Cristina: Op.Cit., p. 73.

gratuitos, mientras que el resto de los ejércitos europeos pagaban por sus medicinas. En 1582, Alejandro Farnesio creó en las Malinas (Flandes) el primer hospital permanente para los soldados, que subsistió hasta inicios del XVIII. El hospital estaba dirigido a soldados de infantería y caballería ligera española, italiana y de demás nacionalidades del ejército de Flandes. El presupuesto era de más de un millón de ducados entre el 1614 y el 1629, y entre 1634 y 1641 era el 1% del gasto de este ejército⁸⁸. Gracias a esto, se contaba con 330 camas y con un personal de entre 60 y 100 miembros, siendo uno de los pocos hospitales-escuela de Europa, donde acudían estudiantes y médicos a hacer operaciones⁸⁹.

Los casos en el hospital eran quirúrgicos, enfermedades venéreas, contagiosas o mentales: de los 380 soldados españoles e italianos licenciados del ejército entre 1596 y 1599, no menos del 20% lo fueron por incapacidad debido a una enfermedad incurable, tal vez malaria, tuberculosis o enfermedades venéreas.

Ligados a los avances hospitalarios, también destacan los avances dirigidos a mejorar el bienestar de los soldados heridos y enfermos. La atención médica era gratuita, aunque se descontaba una parte de la paga (de 30 reales al mes) para mantener el hospital. Además, los ejércitos de Flandes tenían servicios religiosos y podían confesar y comulgar antes de la batalla gracias a los capellanes. Sin embargo, uno de los mayores avances sociales del ejército fue la concesión de pensiones a los tullidos, iniciativa que se fraguó a inicios del XVIII, ya que hasta entonces muchos se dirigían a la corte a pedir mercedes al rey para aliviar su situación. En las ordenanzas de 1632, se establecía una recompensa de 300 ducados a los soldados veteranos tullidos, tratándose más de una gratificación que de una pensión⁹⁰.

3.5.-La deserción.

Un soldado era considerado desertor desde que no se presentaba a la revista de su compañía sin licencia para ello. Las causas de la deserción eran variadas: en el caso de los bisoños, el miedo a una ausencia larga y lejana era un factor determinante. En las tropas destinadas al norte de África, la deserción era un constante, ya que los soldados huían y “se pasaban a moros” para empezar una nueva vida. Otra causa que favorecía la deserción era la proximidad de fronteras. Especialmente arriesgado era establecer compañías cerca de la frontera con Francia, y esa exposición se pagaba con un aumento

⁸⁸ PARKER, Geoffrey: Op. Cit., p. 167.

⁸⁹ BORREGUERO BELTRÁN, Cristina: Op.Cit., p. 75.

⁹⁰ Ibidem, p. 80.

de la desertión, pero también soldados franceses se pasaban a España. Lo habitual era que los desertores vagasen de un lado para otro, subsistiendo con lo que podían y cometiendo ilegalidades, ya que no podían ser atrapados. La dureza de la vida del desertor hacía que muchos volviesen al ejército, donde el alimento estaba asegurado, pero lejos de sus viejas compañías⁹¹.

Las tasas de desertión fueron muy altas en los cuerpos de Navarra en 1637. Se descubrió que de la fuerza original -de casi 8.000 soldados y 500 oficiales- después de la batalla solo quedaba un 61%. La mayor parte de los soldados fugados procedía de los cuerpos alistados cerca del campo de batalla; por tanto, la mayor cercanía al lugar de origen producía un desgaste de huidos muchos más alto⁹².

¿Por qué eran tan altas las tasas de desertión? En primer lugar, debido a la paga: como indica L. White, un jornalero, a mediados del siglo XVI, cobraba más que un soldado (mientras que un soldado tenía gastos en municiones y pólvora, los salarios de los jornaleros aumentaron a casi dos reales). De hecho, en Cáceres en el siglo XVII un jornalero podía ganar tres veces más que un soldado; y un cosechero en Soria ganaba cuatro o cinco veces más. El soldado forzado, que muchas veces no recibía ni la paga ni la comida estipulada, no podía sobrevivir; por ello, las altas tasas de desertión coincidían generalmente con los meses de mayor actividad agrícola, con los de siembra y cosecha. Durante los años de guerra, comprendidos entre 1640 y 1668, los milicianos de las guarniciones extremeñas desertaban para participar en la cosecha de Andalucía y Extremadura, y en otoño desertaban para la siembra⁹³.

En segundo lugar, otro motivo obvio de desertión eran los elevados riesgos de morir o resultar herido o enfermo. Aunque las tasas de fallecidos en combate usualmente no superaban el 10%, las tasas de heridos y muertos en días siguientes era algo elevado. No obstante, los datos son muy variables dependiendo de múltiples factores.

Esto cambia con la introducción de las armas de fuego y la artillería en los siglos XVI y XVII en los ejércitos europeos: las posibilidades de fallecer en combate eran mucho mayores. Además, las armas de fuego estaban bastante generalizadas entre el ejército: a pesar de ser más lentas, se volvieron más eficaces con el tiempo. Tomando

⁹¹ *Ibidem*, p. 81.

⁹² *Ibidem*, p. 81.

⁹³ WHITE, Lorraine: *Op. Cit.*, pp. 141-167.

como muestra la guarnición de Trujillo, en la frontera de Portugal el número de picas y arcabuces comprados en 1641 tenían una relación de tres a uno. De todos modos, las armas de fuego en la península estaban muy limitadas: raramente se usaba artillería en las campañas peninsulares. Igualmente, hay que considerar que la eficacia de las armas de fuego era escasa, y en el siglo XVII se estima que, en condiciones de combate, solo entre el 0,2% y el 0,5% de las balas disparadas por mosquetes acertaban en el objetivo⁹⁴.

3.6.-Sobrevivir a la guerra: el licenciamiento.

Aunque el ejército español destinase sus mejores y más experimentados hombres al extranjero, algunos se quedaban en la retaguardia. Buena parte de los que se licenciaban retornaban a sus respectivos países, pero no volvían a sus hogares, ya que su servicio como soldados les había desarraigado de la sociedad civil. Además, muchos de estos soldados retornados tenían que hacerse cargo de una posible invalidez o heridas causadas por la guerra. Su vida tras su vuelta pasaría por la espera de mercedes reales, de ahí que muchos soldados volviesen a Madrid a pedir las al rey, en forma de cargos o pensiones. La estancia en las ciudades solía causar problemas de orden público, y, al estar aforados, si cometían algún delito, este causaba una complicación con los jueces locales, incapaces de ejercer su poder sobre miembros con el fuero militar. Según los datos conocidos, la mayor parte de los delitos de militares en Madrid eran contra la integridad y vida de las personas, seguidos por los delitos contra la moral sexual o marital⁹⁵.

No todos los soldados iban directamente a la capital y establecían allí su vida, sino que muchos lo hacían en las fronteras o presidios. Las características de estas unidades son poco conocidas. Se les caracteriza como soldados de ocasión, naturales de la región de asentamiento, donde formaban familias y ejercían otros oficios que no fuesen el de soldado. Un caso conocido es el gallego, que recogía diferentes soldados de los presidios del norte de Portugal y las zonas de León, estableciéndose la mayoría de estos entorno a los enclaves costeros de Coruña y Baiona. Estos soldados se fueron estableciendo en el puerto coruñés, donde se mezclaron con la población local, como indican el 30% de actas matrimoniales entre soldados foráneos y mujeres coruñesas entre 1616 y 1649⁹⁶.

⁹⁴ *Ibidem*, p. 157.

⁹⁵ *Ibidem*, p. 156.

⁹⁶ SAAVEDRA VÁZQUEZ, M^a del Carmen: "Mujeres y militares en Galicia (...)", *Op. Cit.*, pp. 219-241.

Conclusiones

A lo largo del trabajo se ha presentado la vida del soldado como una vida compleja, con la constante presencia de la muerte a lo largo del servicio activo. Entonces ¿cuáles eran los incentivos e inconvenientes del servicio? Es natural pensar que el soldado estaba en peligro constante y casi siempre descontento, ya que se le obligaba a combatir por un salario escaso y muchas veces insuficiente. Por lo menos, el soldado tenía garantizado el pan de cada día, estaba libre de derechos señoriales, diezmos e impuestos, beneficios de los cuales ningún otro grupo de los pecheros gozaba. Se pueden sacar suposiciones basadas en el comportamiento y las reacciones de los soldados. A los soldados les atraía el dinero de la paga y la teórica seguridad de comer todos los días, aunque a menudo las dietas fuesen mediocres, la paga faltaba, por lo que muchos soldados rasos desertaban, sobre todo los bisonos⁹⁷. Si el soldado, finalmente, sobrevivía para recoger su botín y su paga se hacía prácticamente rico. No obstante, estos desenlaces son escasísimos: para la mayor parte de los soldados españoles la integración en el ejército no les proporcionó riqueza ni gloria.

En el ejército no había alistamiento a corto plazo; por tanto, un hombre se comprometía a servir hasta la desmovilización, lo que significaba que lo hacía hasta que no fuese apto para combatir o hasta el fin de la guerra -la cual en algunos casos podía durar varias décadas- Podían desertar, especialmente después de saquear botines, como ocurrió tras el saqueo de las Malinas en 1572. En realidad, el único medio con que los soldados podían forzar al gobierno a pagar los atrasos era la organización de movimientos de huelga coordinados mediante los motines. Estos sucesos revelan las carencias de la Revolución Militar en el caso hispano, palpables en las dificultades que rodeaban la vida del soldado: la falta de logística y suministros, la ausencia de pagas, etc., lo cual se plasma en un aumento de la frecuencia y cantidad de motines en algunos frentes, que cuestionan el desarrollo de la disciplina y abastecimiento de tropas propio de la Revolución Militar Moderna, que no llegaría hasta la etapa borbónica.

La violencia tuvo que ser una constante en la vida del soldado, la cual se manifestaba entre todos los rangos, como se ve en el ejemplo de los atentados contra el conde de Monterrey por parte de los soldados o con la muerte del marqués de Toral, asesinado por sus propios hombres⁹⁸. Aunque la licencia del soldado ponía fin a la

⁹⁷ WHITE, Lorraine: Op. Cit., p. 149.

⁹⁸ Ibidem, p. 150.

práctica de la violencia, frecuentemente los vencedores no tenían consideración con los vencidos.

La ventaja de estudiar este grupo social es que se puede atender a una serie de fuentes literarias, pictóricas y documentales que arrojan luz sobre un grupo violento y nómada. Las fuentes literarias reflejan como la mayoría de la gente los consideraba sinvergüenzas inmorales que apostaban, bebían, blasfemaban, fornicaban... Es por ello que la cultura militar irradia violencia tanto dentro como fuera del campo de batalla. Por encima de todo, el soldado era considerado una amenaza para la sociedad civil, ya que iba armado y vivía por y para la violencia. En la segunda Guerra de las Alpujarras se puede ver cómo las acciones de los soldados -tanto de moriscos como de cristianos- fueron terribles contra la población civil⁹⁹, como indica la documentación, pero también las fuentes literarias, como *El alcalde de Zalamea* de Pedro Calderón de la Barca, en la que se dejan notas de violaciones y asesinatos de los soldados cuando se alojaban en las casas de civiles.

El estudio de la vida del soldado ayuda a entender una faceta de la Edad Moderna donde confluyen la construcción de un aparato administrativo que monopolice el control de las tropas, la injerencia de las diferentes crisis demográficas y económicas sobre la sociedad, los factores de mortalidad más relevantes -como las epidemias- y el desarrollo científico en la medicina después de la labor de médicos y barberos en los diferentes campos de batalla europeos.

⁹⁹ Ibidem, p. 151.

Bibliografía

BELLOSO MARTÍN, Carlos: *La antemuralla de la monarquía: Los tercios españoles en el reino de Sicilia en el siglo XVI*. Ministerio de Defensa, Dirección General de Relaciones Institucionales, 2010.

BORREGUERO BELTRÁN, Cristina: *El coste humano de la guerra: mortandad, enfermedad y desertión en los ejércitos de la Época Moderna*. 2012, pp. 58-61. <http://hdl.handle.net/10259.4/2482>

CÁMARA FERNÁNDEZ, Carmen y MAÑERU LÓPEZ, Juan: “La picaresca en el ejército: datos para su estudio: presencia de soldados en Burgos a finales del Siglo XVI.” En: *La organización militar en los siglos XV y XVI: actas de las II Jornadas Nacionales de Historia Militar* (coord. Esther Cruces Blanco), 1993, pp. 263-273.

CÁMARA FERNÁNDEZ Carmen, MAÑERU LÓPEZ Juan: “La organización militar en los siglos XV y XVI”. En: *Actas de las II Jornadas Nacionales de Historia Militar* (coord. Esther Cruces Blanco), 1993, pp. 263-273.

CERVANTES SAAVEDRA, M. D.: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Plaza & Janes editores, Barcelona, España, 1985, p. 557.

CONTRERAS GAY, José: “El servicio militar en España durante el siglo XVII”. *Chronica Nova*, 21, 1993-1994, pp. 99-122.

QUATREFAGES, René: *La revolución militar moderna. el crisol español*. Ministerio de defensa, Madrid, 1996.

QUATREFAGES, René: *Los tercios*. Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército. Madrid, 1983.

GARCÍA HURTADO, M. Reyes: “Literatura y milicia en la Edad Moderna”. En: *Cátedra Jorge Juan ciclo de conferencias: Ferrol: curso 2003-2004* (coord. por M. de Juan-García Aguado). Universidade de A Coruña, 2007, pp. 95-112.

GRILLI, Giuseppe: *Guerra de Cataluña de Francisco Manuel de Melo*. Barcelona, 1993, p. 220.

PARKER, Geoffrey y PARKER, Angela: *Los soldados europeos entre 1550 y 1650*. Akal Cambridge. Madrid, 1991.

PARKER, Geoffrey: *El ejército de Flandes y el Camino Español 1567-1659*. Alianza Editorial. Madrid, 1985.

RIBOT GARCÍA, L. Antonio: “Las naciones en el ejército de los Austrias” en Álvarez-Ossorio Alvariño, A. y García García B. J., *La Monarquía de las Naciones: Patria, nación y naturaleza en la Monarquía de España*, Fundación Carlos de Amberes, Madrid, 2004, pp. 653-677.

RIBOT GARCÍA, L. Antonio: “Milán, plaza de armas de la Monarquía”. *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*. Nº 10, 1990, pp. 203-238.

RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, A. José: *La evolución del vestuario militar y la aparición de los primeros uniformes (1660-1680)*. Ohm: Obradoiro De Historia Moderna, 2017 (26), pp.180-206. <https://doi.org/10.15304/ohm.26.4302>.

RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, A. José: *De Galicia a Flandes: reclutamiento y servicio de soldados gallegos en el ejército de Flandes (1648-1700)*. Ohm: Obradoiro De Historia Moderna, (16). <https://doi.org/10.15304/ohm.16.602> .

RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, A. José: *El primer modelo de reclutamiento forzoso en España durante la Edad Moderna: las levas para los Presidios (1634-1642)*. <http://http://dx.doi.org/10.6035/Millars.2017.43.6>. Vol. XLIII 2017/2, pp. 151-187

RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, A. José y DÍAZ-ORDÓÑEZ, M.: *El reclutamiento militar en España a comienzos del siglo XVII (1600-1625): problemas y soluciones*, pp. 263-286 <https://doi.org/10.4000/mcv.13386>

RODRIGUEZ SANCHEZ, Ángel: “Guerra, miseria y corrupción en Extremadura, 1640-1668”. En: *Estudios dedicados a Carlos Callejo Serrano*. Cáceres, 1979, pp. 626-645.

SAAVEDRA VÁZQUEZ, M^a del Carmen: “La vida del soldado”. En: *Historia Militar de España: III Edad Moderna. II Escenario Europeo* (coord. Hugo O’Donnell, Hernán García y José María Blanco Núñez). Ministerio de Defensa, pp. 375-396.

SAAVEDRA VÁZQUEZ, M^a del Carmen: “Mujeres y militares en Galicia durante la primera mitad del siglo XVII”. *SEMATA, Ciencias Sociais e Humanidades*, vol. 20, 2008, pp. 219-241.

SAAVEDRA VÁZQUEZ, M^a del Carmen: “Algunos rasgos del comportamiento religioso de los militares españoles en época austriaca: el ejemplo de La Coruña”. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, H. Moderna*, t. 7, 1994, pp. 271-286.

THOMPSON, Irving A. A.: “El soldado del imperio: una aproximación al perfil del recluta español en el siglo de Oro”. *Manuscripts 21*, 2003, pp. 17-28.

WHITE, Lorraine: “Los tercios en España: el Combate”. *Studia Histórica H^a Moderna*, Ed. Universidad de Salamanca, pp. 141-167.